



Horacio Quiroga (1878-1937)

## Resumen

En la narrativa de Horacio Quiroga la selva no es un escenario, sino el ambiente mismo. En su obra se pueden identificar dos etapas. La primera, en la que la influencia de Edgar Allan Poe es notoria, y la segunda, en la que su estancia en Misiones, como fotógrafo en una expedición de Leopoldo Lugones, nos presenta al hombre en su lucha con los elementos de la naturaleza. Su estadía en la selva se le revela como el tema esencial de su obra. Una manera de apartarse del horror libresco que había aprendido en Poe, para enfrentarse al horror real de la naturaleza pródiga y feraz. En la segunda, la influencia de Rudyard Kipling es advertible, de él aprende el habla de los animales. Salvo que, para el primero, la selva es un tema literario, antes que una experiencia; mientras que para Quiroga, la selva es el hábitat que elige para vivir: un desterrado de la civilización que signa su modo de morir.

## Abstract

In the narrative of Horacio Quiroga, the jungle is not a stage, but the environment itself. In his work, one can identify two stages. The first, in which the influence of Edgar Allan Poe is notorious; and the second, in which his stay in Misiones, as a photographer on an expedition of Leopoldo Lugones, shows a man in his struggle with the elements of nature. His stay in the jungle is revealed as the central theme of his work. Either as a way of departing from bookish horror learned from Poe and to face the real horror and fertile bountiful of nature. And in the second stage, the influence of Rudyard Kipling is obvious: from him he learns the speech of animals. Except that, for the first, the jungle is a literary subject, rather than an experience, while for Quiroga, the jungle is the habitat he chose to live at: an exile from civilization that marks his way to die.

**Palabras clave / Key words:** Horacio Quiroga, Lugones, narrativa latinoamericana, cuentos de la selva / Horacio Quiroga, Lugones, Latin American fiction, Jungle Tales.

Los estudiosos de la obra narrativa de Horacio Quiroga (1878-1937) suelen distinguir dos periodos. El primero, modernista, decadente y dado al horror aprendido de Edgar Allan Poe; este periodo suele ser considerado como transitorio e inauténtico porque el cuentista uruguayo no había encontrado su voz, sus temas ni la eficacia expresiva. El segundo es el que se desarrolla en la selva de Misiones, el mejor, el del auténtico Quiroga.

¿Qué es lo que produjo el cambio de una a otra etapa?

En 1903, después de un desastroso viaje a París, la Meca de los artistas de entonces, en donde conoció la pobreza y el desdén, Quiroga va al noreste argentino como fotógrafo en una expedición comandada por Leopoldo Lugones; ésta tenía como propósito estudiar las ruinas jesuíticas de San Ignacio. Si sus primeros cuentos habían planteado la morbidez y los trastornos síquicos, la selva misionera y, antes, una estancia en el Chaco, le descubrieron al hombre ya no luchando contra los miedos y las manías, es decir, contra fantasmas, sino contra cosas tan reales como los elementos de la naturaleza (flora, fauna, selva, río). Misiones es una región “donde el alto Paraná ruge encajonado en el fondo de un abismo de paredes graníticas, hechizado por el silencio de la selva impenetrable”.<sup>1</sup>

Unos dicen que la primera etapa es menor (Noé Jitrik), mientras otros hablan de una evolución (Emir Rodríguez Monegal), si bien marcada por Misiones, parte no prescindible del trabajo del gran

\* Departamento de Humanidades, UAM Azcapotzalco.

<sup>1</sup> Horacio Quiroga, *Cuentos de la selva*, prólogo, selección y notas de Carmen Crouzeilles, vol. I, Buenos Aires, Solaris (Carabela), 1977, p. 16.

cuentista. Hay sin embargo otras propuestas, sumamente atractivas, como la formulada por Héctor H. Murena.

En 1903 el gobierno argentino encargó a Leopoldo Lugones un estudio sobre el “experimento de comunismo teocrático”, según expresión de Jorge Luis Borges, que los jesuitas llevaron a cabo entre los guaraníes. El resultado fue *El imperio jesuítico*, que se publicó en 1904 y que el autor de *El aleph* incluyó en su colección Biblioteca Personal. La expedición de Lugones a Misiones<sup>2</sup> hoy es célebre porque llevó a Horacio Quiroga como fotógrafo; ésa fue la primera vez que el cuentista genial se enfrentó con la selva, ámbito que habría de ser importantísimo en el conjunto de su obra literaria.

Cuando se habla de la presencia de los jesuitas en América a menudo se dice que intentaron establecer la utopía. Sin embargo, Lugones se aparta de esta perspectiva y contempla el fenómeno como una conquista más; no tan espiritual como se ha querido ver, sino humana, demasiado humana, que los Padres emprendieron tras los pasos de los conquistadores. Para hacer la crónica y la interpretación de la empresa, Lugones no sólo visitó las ruinas misioneras y se bebió cuanta historia de la Compañía de Jesús estuvo a su alcance. Se remontó a la Edad Media y al Renacimiento para entender qué tipo de hombres hicieron la conquista de América pero también cuál era el espíritu que movía a los Padres. Lejos de un humanismo a ultranza, los jesuitas fundaron un imperio teocrático en el que la enseñanza de las artes y los despliegues arquitectónicos, que tanto se les han ensalzado como suprema filantropía, estaban destinados a imponer una fe que poco entendían los indígenas debido a las abstracciones que conllevaba.

Borges afirmó que *El imperio jesuítico* es el mejor libro que Lugones escribió en prosa, lo cual es mucho decir si recordamos los magníficos cuentos que salieron de la pluma del poeta modernista. En este libro hay erudición histórica y literaria pero, sobre todo, la pluma del poeta que da cuenta del paso de las estaciones, del día y de la noche entre las aguas y el follaje. La luz es el elemento que liqua todos los prodigios de la naturaleza y apuntala las descripciones de la pródiga geografía que sirvió de escenario a la magna empresa religiosa:

<sup>2</sup>“El triángulo formado por la laguna Iberá y los ríos Uruguay, Miriñay y Paraná, es decir, el actual territorio de Misiones, hasta el paralelo 26°, fue el centro del imperio, y su aspecto da en conjunto la característica de la región”. Leopoldo Lugones, *El imperio jesuítico*, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones, 1985, p.88.

Líquenes profusos envuelven los troncos en su lana verdácea. Las enredaderas cuelgan en desorden como los cables de un navío desarbolado, formando hamacas y trapecios a la azogada versatilidad de los monos; pues todo es entrar libremente el sol en la maraña, y poblarse ésta de salvajes habitantes.

Abundan entonces los frutos, y en su busca vienen a rondar al pie de los árboles el pecarí porcino, la avizora paca, el agutí, de carne negra y sabrosa, el tatú bajo su coraza invulnerable; y como ellos son cebo a su vez, acuden sobre su rastro el puma, el gato montés elegante y pintoresco, el aguará en piel de lobo, cuando no el jaguar, que a todos ahuyenta con su sanguinaria tiranía.

Bandadas de loros policromos y estridentes se abaten sobre algún naranjo extraviado entre la inculta arboleda; soberbios colibríes zumban sobre los azahares, que a porfía compiten con los frutos maduros; jilgueros y cardenales cantan por allá cerca; algún tucán precipita su oblicuo vuelo, alto el pico enorme en que resplandece el anaranjado más bello [...] Los pantanos nada tienen de inmundo, antes parecen floreros en su excesivo verdor palustre. Los naranjos, que se han ensilvecido en las ruinas, prodigan su balsámico tributo de frutas y flores, todo en uno. El más insignificante manantial posee su marco de bambúes; y la fauna, aun con sus fieras, verdaderas miniaturas de las temibles bestias del viejo mundo, contribuye a la impresión de inocencia paradisíaca que inspira ese privilegiado país.<sup>3</sup>

La arrobada descripción del paisaje en que Lugones estuvo inmerso durante casi un año, lo llevará a imaginar las fatigas de los conquistadores, de los primeros europeos que hollaron la selva misionera con su pie:

El fantástico imperio quedaba, según sus inventores, a dos meses de viaje por la selva inundada; pero ni esto arredró a los exploradores. Tribus, terreno, arboledas, animales, régimen meteorológico de la región, todo les era desconocido. Caminaron durante quince días por un interminable pantano, llevando a la rodilla y a la cintura el agua, pero los soles tropicales calentaban hasta una mórbida tibieza en la cual bullían pestíferos fermentos. Con ella apagaban su sed, exasperada por la fiebre que en ella misma bebían. Los gajos de los árboles eran sus lechos [...] Llovía entretanto espantosamente, inundándose cada vez más la selva, y sin que por ello una ráfaga de fresca aliviara la emo-

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 89-91.

liente asfixia de aquel lúgubre sudadero. Todas las sabandijas del bosque, exaltadas por la germinante humedad, se abatían sobre los expedicionarios en ferocísimos enjambres. Pero nadie intentó retroceder. Más pálidos que espectros, chapaleando pesadamente con el pantano eterno sus propias disenterías, devorados por comezones enloquecedoras, delirantes de hambre, furiosos de clausura entre aquella fronda con su ambiente de sótano, latigueados por funestos escalofríos bajo los chaparrones, profundizando su silencio lóbrego entre el agua implacable, ninguno, sin embargo, desfalleció; y tiene algo de dantesco aquella feroz pandilla, que arrastra sus lodientos harapos bajo ese bosque, medio engullida en líquida tumba por el charco cálido y muerto como una jofaina de pediluvios.<sup>4</sup>

Las misiones fueron verdaderas ciudadelas con vida económica, religiosa y social independientes. Estaban más allá de los dictados de la corona española. Precisamente la expulsión de los jesuitas, en 1768, se debió a que el monarca Carlos III decidió que en sus dominios no había más autoridad que la suya, y vino el derrumbe de aquellas construcciones y agrupaciones que los jesuitas habían hecho en medio de los desiertos mexicanos y las selvas sudamericanas para proteger y educar a los naturales. Con este acontecimiento se escribió una de las páginas más tristes de la historia americana; se echaron por tierra las ciudades económicamente autosuficientes y la educación artística que los indígenas habían recibido de esos clérigos especialmente cultos, que solían asimilarse a las culturas que llegaban a cristianizar mediante el aprendizaje de las lenguas nativas.

Los jesuitas, que fueron optimistas sobre la condición humana, fundaron, en 1610, su primera misión en Paraguay.<sup>5</sup> Predicaban la armonía interior, las realizaciones estéticas y la integración con el mundo circundante: leer el libro de la naturaleza, decían, es una manera de conocer a Dios. Una paradoja que propiciaron estos clérigos: los indígenas americanos, acostumbrados a vivir libres, fueron obligados a vivir en un solo sitio, bajo toques de campana que llamaban a la oración, al trabajo, a tomar los alimentos y, a media noche, a cumplir con las obligaciones conyugales para contar con más fuerza de trabajo.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pp. 120-121.

<sup>5</sup> Sobre las misiones fundadas en las selvas de lo que son actualmente Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Perú, véase Alfonso Alfaro *et al.*, *Misiones jesuitas, Artes de México*. Revista libro, núm. 65, México, 2003.

El proyecto jesuítico, que en sus momentos más avanzados aspiró a crear un espacio anticolonial desde donde se emprendiera la cristianización, acabó en un puñado de ruinas que Augusto Roa Bastos llamó *Santo sepulcro, sacro y salvaje a la vez*.

En 1903, Horacio Quiroga sufrió una especie de *caída de Damasco*: mientras iba como fotógrafo en la expedición a San Ignacio, se le reveló la selva,<sup>6</sup> que sería uno de sus temas predilectos pero, sobre todo, transformaría su estilo —antes modernista, de fuerte interés por la psicología—, y su visión del mundo. H. A. Murena tiene una tesis muy atractiva sobre el particular: la huida de Quiroga a la selva misionera le parece una renuncia intelectual, una manera de enfrentarse al horror real y apartarse del horror libresco que ya veía como un truco bien aprendido en Edgar Allan Poe; fue en busca del horror palpable.<sup>7</sup>

Como el objeto de este trabajo no es abundar ni tomar partido por alguna de las banderías, sino ver qué aportó Quiroga a la narrativa de la selva latinoamericana, usaré los tres tomos que, bajo el título de *Cuentos de la selva*, preparó Carmen Crouzeilles. En los dos primeros están los relatos que provienen de *El crimen del otro* (1904), *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *El salvaje* (1920), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *Los desterrados* (1926) y *Más allá* (1935). El tercero recoge los cuentos publicados en diversos medios periodísticos, sobre todo la revista argentina *Caras y Caretas*, entre 1906 y 1935, en donde el autor demuestra su minucioso conocimiento, casi ensayístico, de la fauna misionera. La mayoría de los textos de este volumen son fábulas, como “Paz”, en donde los animales salvajes llegan a la conclusión de que las leyes y los tratados de los habitantes de las ciudades no son más que hipocresía.

<sup>6</sup> “Hay que imaginarse lo que es ese territorio: monte espeso, ríos correntosos, incipientes explotaciones de yerba mate, un paisaje monstruoso por su fuerza, lluvias prehistóricas; y a ese lugar Quiroga se encamina vestido como un dandy [...] El señorito deja de serlo y se promete retorno a esa tierra fascinante, todo lo contrario de lo que representó para él París, donde el sufrimiento tenía otro signo: prefiere éste que le implica indudablemente un reencuentro consigo mismo, un paso más adelante en la búsqueda inconsciente que hace de su propia unidad. Por de pronto, adquirirá un aspecto más duro y selvático, empezará a crecer el mito de su huraña, de su capacidad de despegarse de los halagos y las vanidades urbanas. Y Misiones se abre ante él como una tierra prometida en la que lo manual, lo mecánico, podrán ejercitarse reconstruyendo o construyendo el mundo.” Noé Jitrik, *Horacio Quiroga*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (Enciclopedia Literaria), 1967. pp. 20 y 21.

<sup>7</sup> Vid. “El sacrificio del intelecto: Horacio Quiroga”, en *El pecado original de América*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Piragua), 1965. pp. 79-88.

Desde la publicación de *Cuentos de amor, de locura y de muerte* Quiroga echó mano de un recurso aprendido en Rudyard Kipling: el habla de los animales.

A diferencia de lo que con el tiempo sería un conjunto de novelas caudalosas escritas por nativos de la Amazonia, Quiroga planteó, en los diez años que estuvo en Misiones (1909-1915 y 1932-1936), el drama de los seres humanos (abundan los viudos, las viudas y los huérfanos) que llegaban buscando el aislamiento en el monte. De aquí el título del célebre libro de Emir Rodríguez Monegal: *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*.

Un hombre picado por una víbora vive una larga agonía que se expresa en un monólogo. Un muchacho de la ciudad quiere experimentar la ruda existencia en la selva; fallece porque ingiere miel narcótica y luego lo devoran las hormigas carnívoras conocidas como *corrección*. Otros personajes de otros cuentos tendrán mejor suerte pues volverán a las ciudades sólo derrotados por el paludismo.

El monte misionero y el río Paraná le permitieron elaborar una fantasía en la que vemos la historia de la evolución del hombre. Antes ya había rendido su tributo a Edgar Allan Poe, con “Historia de Estilicón”, en donde un hombre intenta domesticar un gorila proveniente de lo más hondo de la manigua.

En varios relatos se observa la lucha de los hombres para sobrevivir ante las crecientes del río Paraná,<sup>8</sup> que Quiroga siempre tenía a la vista desde la meseta en donde construyó su casa. Luego, un par de niños quedan huérfanos, abandonados en medio del bosque, porque su padre muere a causa de una herida enconada. Un hombre cae accidentalmente sobre su machete, otro al caer se rompe la columna vertebral y uno más sucumbe víctima de la rabia que le contagia su perro. En Misiones, sitio al que iban a recalar extranjeros, locos, solitarios o fracasados, una especie de cementerio de elefantes, un hombre, en un ataque de *delirium tremens*, asesina a su hija cuando la ve convertida en una rata enorme...

Quiroga dramatiza, con delectación, cada uno de los hechos cotidianos de la selva que en otras obras aparecen como trágicos, sí, pero atendidos apenas como accidentes, como una insolación.

<sup>8</sup>Paraná, en lengua tupí significa *pariente del mar*, o *agua que se mezcla con el mar*. Nace en Brasil, de la confluencia del río Grande y el Paranaíba. Hace la frontera de Brasil, Argentina y Paraguay. En su margen derecha están el Chaco, Santa Fe y Buenos Aires. En la izquierda, Misiones, Corrientes y Entre Ríos.



En los cuentos de este autor la selva no es un escenario, sino un rotundo ambiente. Quizá por esto nunca describe las cataratas de Iguazú ni las ruinas jesuíticas, sitios turísticos por antonomasia. En su nombre llevaba su destino (su nombre completo fue Horacio Silvestre Quiroga Forteza).

Así como los caucheros, según muestra la novelística latinoamericana, eran enganchados mediante adelantos monetarios y borracheras, los mensú, aborígenes que consumían su vida en los obrajes, eran enganchados también con adelantos. Cuando excepcionalmente habían saldado sus deudas, los sub capataces los acompañaban a Misiones, en donde se embriagaban y contraían nuevas deudas que los regresaban a los aserraderos, de donde intentaban huir *pescando* vigas para venderlas y escapar de la selva. Juan Carlos Onetti lo dijo magníficamente:

Allí no se acepta la excusa del analfabetismo: hay que firmar con una cruz, un garabato o con la huella del pulgar. Y luego reventar de cansancio o paludismo o por gracia de Dios, que todo lo ve. Terminada *la contrata*, los supervivientes, llenos de sana alegría y libres como pájaros, se embarcan hasta Posadas, capital de Misiones, para festejar. Los acompaña, cariñoso, un sub capataz. Allí pasan algunos días y, sobre todo, noches. La caña corre, las mujeres abundan y todas casualmente se llaman Venérea. El sub simula acompañarlos en la gran orgía y aguarda con paciencia de buitre. No muchas horas después todos los mensú están borrachos y endeudados hasta el cuello.<sup>9</sup>

A Quiroga no le basta que en Misiones, al mediodía, el termómetro llegue hasta los 30 grados, a las ocho de la noche baje a cuatro y, en la madrugada, se vaya hasta menos cuatro. Aquí muestra, meticulosamente, lo que significa vivir un día y otro, y otro más, mirando la lluvia desde el interior de una casucha. Sin embargo, en “El regreso de Anaconda” dice: “El hombre ha sido, es y será el más cruel enemigo de la selva”.<sup>10</sup>

En su célebre libro *El hermano Quiroga* (1957), Ezequiel Martínez Estrada señala el tormento que el gran cuentista tuvo que vivir para arrancar al monte el drama que hay en sus historias. Sin embar-

<sup>9</sup> Juan Carlos Onetti, “Quiroga: hijo y padre de la selva”, en Leonardo Garet, *Horacio Quiroga por uruguayos*, Montevideo, Academia Uruguaya de Letras, 1995, p. 425.

<sup>10</sup> Horacio Quiroga, *Cuentos de la selva...*, vol. II, p. 132.

go, le gustaban el riesgo y el peligro, quería morir. Este hombre que vivió diez años sobre y a la orilla del Paraná, que labraba veloces canoas para volar sobre las aguas, no sabía nadar. “Le apasionaba cuanto representara un peligro mortal, porque en el fondo de su corazón deseaba morir [...] Vivía tentando irresponsablemente a las parcas [...] No podía esperarse otro gozo que el de la emoción violenta, el peligro como fin y finalidad de la excusión”.<sup>11</sup>

Horacio Quiroga rehuyó las necesidades de la vida urbana (la esclavitud laboral y su correlato, el dinero). Buscó el monte feraz para sentirse hombre cabal y valerse por él mismo, sin las ventajas de la vida fabril frente a la existencia silvestre. Por esto Martínez Estrada se refiere a él como “Tarzán de las letras”. Quiroga quería morir, sí, pero cuando Martínez Estrada buscó las razones profundas de este deseo, encontró la fatalidad que se fue tejiendo desde sus años de infancia: su padre murió cuando se le disparó accidentalmente una escopeta; su padrastro se suicidó, después de una embolia, disparando la escopeta con un dedo del pie; Quiroga mismo asesinó accidentalmente a su amigo Federico Ferrando; su primera esposa se quitó la vida porque no soportó los rigores de la selva ni de su marido... y él mismo se mató con cianuro cuando le diagnosticaron cáncer... Su soledad se convirtió en una necesidad; su coraza de hombre rudo fue un mecanismo de defensa.

Emir Rodríguez Monegal le atribuye, por su parte, “una soterrada voluntad de autodestrucción”<sup>12</sup> y el deseo de hacerse un mundo a su medida.<sup>13</sup> Y va más lejos cuando toma las palabras del mismo Quiroga para definirlo como un *fronterizo*, un hombre al filo de la razón y de la insanía.

Sobre la asociación que a menudo se hace entre las obras de Kipling y Quiroga, Rodríguez Monegal hizo una observación sumamente aguda:

En muchos aspectos, es lícito considerar a Quiroga como discípulo de Kipling: su común admiración por ciertos temas, la selva en primer lu-

<sup>11</sup> Ezequiel Martínez Estrada, *El hermano Quiroga. Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*, Caracas, Biblioteca Ayacucho (La Expresión Americana), 1995, pp. 35, 36, 58 y 59.

<sup>12</sup> Emir Rodríguez Monegal, *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*, Buenos Aires, Losada, 1968, p.83.

<sup>13</sup> Quiroga modificó la naturaleza para tener el entorno que quería. En la meseta donde levantó su casa mandó cavar grandes agujeros para llenarlos de tierra fértil para plantar cedros y palmeras.

gar; su afición a contar historias de animales [...] Para Kipling la selva era un tema literario y no una experiencia personal. Él era un escritor europeo que había nacido en la India pero que aspiraba a reintegrarse a la comunidad de origen de su raza; un escritor europeo que aprovechaba el exotismo del lugar en que nace. En tanto que Quiroga es (al revés) el hombre que nace en la ciudad y elige la selva como su hábitat [...] Quiroga vive en Misiones no como un exiliado de la ciudad, ávido de explorar la tierra virgen para volver cargado de riquezas a su verdadero medio, sino como un hombre que allí ha encontrado la tierra adecuada para sus raíces. Es un desterrado de la civilización que se arraiga en la selva”.<sup>14</sup>

Para cerrar quiero traer a cuento que la disyuntiva entre civilización y barbarie planteada por Domingo Faustino Sarmiento en *Facundo* alcanzó otra de sus manifestaciones cuando el grupo de la revista *Martín Fierro*, integrado por algunos miembros del grupo de Boedo, le dieron la espalda a Quiroga y guardaron absoluto silencio ante la publicación de su antología (*La gallina degollada*, 1925) publicada en España por la casa editorial Espasa Calpe.

## Bibliografía

- Jitrik, Noé. *Horacio Quiroga. Una obra de experiencia y riesgo*. Montevideo, Arca (Ensayo y Testimonio), 1967.
- Lugones, Leopoldo. *El imperio jesuítico*. Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones, 1985.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *El hermano Quiroga. Cartas de Quiroga a Martínez Estrada*. Caracas, Biblioteca Ayacucho (La Expresión Americana), 1995.
- Murena, Héctor H. “El sacrificio del intelecto: Horacio Quiroga”, en *El pecado original de América*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Piragua), 1965.
- Onetti, Juan Carlos. “Quiroga: hijo y padre de la selva”, en Leonardo Garet, *Horacio Quiroga por uruguayos*. Montevideo, Academia Uruguaya de Letras, 1995.
- Quiroga, Horacio. *Cuentos de la selva*, prólogo, selección y notas de Carmen Crouzeilles, 3 vols., Buenos Aires, Solaris (Carabela), 1977.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, pp. 185-186.

Rodríguez Monegal, Emir. *Genio y figura de Horacio Quiroga*. Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA), 1967.  
———. *El desterrado. Vida y obra de Horacio Quiroga*. Buenos Aires, Losada, 1968.